

EL DISCURSO DEL REY, de Tom Hooper, con Colin Firth y Geoffrey Rush. 2010

“El discurso del rey” es la historia de un esfuerzo de superación: el segundo hijo del rey Jorge V y biznieto de la reina Victoria de Inglaterra, Alberto Federico Arturo Jorge de Windsor, que fue coronado como Jorge VI tras la abdicación de su hermano Eduardo, tiene un enorme problema de tartamudez, y necesita estar a la altura de lo que las circunstancias históricas exigen de él: pronunciar el discurso que espera toda la nación. Ésa es la línea argumental básica, la motivación principal, pero hay otra línea temática que se va desarrollando y que da a la historia ese tono humano tan cercano y reconocible.

Esa línea temática es la de la relación terapéutica entre Alberto-Bertie-Jorge VI y su logopeda, Lionel Logue. Y con respecto a esto hay un pasaje de Jung muy adecuado para lo que está ocurriendo en la película.

*“Las personalidades del doctor y el paciente son a veces infinitamente más importantes para el resultado del tratamiento que lo que el doctor dice y piensa... pues la unión de dos personalidades es como la mezcla de dos sustancias químicas diferentes: si hay combinación, ambos resultan transformados”*¹. Esta cita, que parte del simbolismo alquímico, parece estar hablando de algunos aspectos de la relación entre el terapeuta y el rey.

El rey es una figura simbólica, una imagen arquetípica que representa la dominante del consciente colectivo de un país, como tantas veces ha señalado Jung en sus escritos. Aquí el problema es que el hombre concreto que tiene que verse investido de esa imagen arquetípica es una persona con un enorme bloqueo emocional que le hace tartamudear impidiéndole expresarse con normalidad. La terapia se impone, y es ahí donde empieza la relación entre Bertie, el príncipe y posteriormente rey, y Lionel, el terapeuta. Podríamos decir que la historia tiene semejanzas con esos cuentos que empiezan exponiendo una situación de necesidad: el rey está enfermo y hay que buscar un remedio para curarle... también con los cuentos en los que es precisamente el hijo “torpe” del rey el que al final será el único capaz de salvar la situación.

Pero al igual que el futuro rey encarna una personalidad en la que los ideales victorianos, el protocolo, el cumplimiento de leyes y normas, la obligación y una serie de valores elevados están bloqueando el fluir de la vida, el terapeuta es todo lo contrario: un hombre de clase media que vive con sencillez en un barrio humilde de Londres, una persona de una enorme libertad frente a la convención, capaz de saltarse todos los protocolos, que ni siquiera tiene el título de logopeda. Para él por encima de todo está la calidez de la ayuda humana, la comprensión del sufrimiento del otro, la mirada distanciada que minimiza e incluso ridiculiza toda la parafernalia grandilocuente que

rodea a un monarca. También esto nos recuerda a los cuentos en los que la figura que trae la curación del rey es un personaje de extracción humilde, un pastor, un jardinero, un soldado... es él quien puede hacer que la vida vuelva a fluir de nuevo allí donde había enfermado... en la película se trata de un plebeyo australiano que puede ayudar a desbloquear la situación.

Pues el terapeuta tiene aquello de lo que el rey carece, y esto nos acerca al sentido de la integración de la función inferior, o simplemente de la inferioridad, de toda la vida no vivida que yace aplastada bajo una rígida capa de convencionalismos. A través de las conversaciones de ambos,- terapeuta y paciente-, podemos entrever cómo el desarrollo emocional del frágil niño, que ahora es un hombre y un rey, ha sido aplastado, bloqueado y estrangulado en aras de unas obligaciones y deberes tan estrictos y exigentes que han ahogado su capacidad de expresión, tan elevados que le han hecho estrellarse en el camino.

El terapeuta tiene sus métodos, pero por encima de todo está la relación humana, el sentir que otra persona necesita de nosotros, y nosotros de ella. En esta relación se establece un fluir de sentimiento que toca el corazón del otro, nace una amistad en la que dos polos extremos se van acercando, y sobre todo, lo que es más evidente, el terapeuta va realizando su terapia no tanto en base a ejercicios técnicos - a los que, por otra parte, ya estaba seguramente acostumbrado el paciente-, sino a la misma personalidad del terapeuta. Él es la terapia, su personalidad tiene aquellos elementos de los que carecía el príncipe y monarca. En una carta dice Jung hablándole a un alumno psicoterapeuta: *"...Pero nada de una actitud técnico-analítica, sino esencialmente humana. El paciente lo necesita para poder reunir en su unidad, tranquilidad y seguridad su personalidad disociada. Usted debe, antes que nada, estar simplemente presente sin demasiadas intenciones terapéuticas. El paciente ya sacará lo que necesita de usted."*² En "El discurso del rey" la humanidad del terapeuta, su espontaneidad, su calidez, su creatividad, es un bálsamo que equilibra y cura lo dañado desde la infancia, y es capaz de acercarse al sufrimiento sacando a la luz los sentimientos y actitudes que un personaje de sangre real no podía permitirse tener.

Y ahí está la curación. En todo lo que quedó sepultado y que ahora poco a poco va renaciendo. La personalidad del terapeuta, ese plebeyo australiano sin títulos ni nobleza, fue el remedio que curó la imagen colectiva que todos necesitaban. Y a través de la figura simbólica del rey se puede ver que esa curación era también algo que estaba necesitando todo el país.

María Mora Viñas

¹ C.G.Jung. La práctica de la psicoterapia. C.W. 16 § 163

² Cartas III, 386 s.